

CAPÍTULO TERCERO

MICHAEL IGNATIEFF. LA CREACIÓN DE UN NUEVO UNIVERSO MORAL A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

MICHAEL IGNATIEFF. LA CREACIÓN DE UN NUEVO UNIVERSO MORAL A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

POR JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Michael Ignatieff nació en Toronto en 1947; es historiador, periodista y escritor. Doctor en historia por la Universidad de Harvard, ha sido *fellow* del King's College de Cambridge, del Antony's College de Oxford y de la École des Hautes Études de París. Reside desde 1984 en Londres donde ha participado muy activamente como presentador en varios prestigiosos programas de televisión y escrito guiones de películas, obras de teatro y series de televisión. Actualmente ejerce como *Carr Visiting Professor* de Derechos Humanos en la Escuela Estatal Kennedy y en la Universidad de Harvard. Michael Ignatieff combina el rigor académico con un brillante estilo literario y tiene, a su vez, una gran capacidad de comunicar que le viene de su larga experiencia en la televisión.

Este autor se define a sí mismo como internacionalista y cree que no sólo los Estados cuentan con derechos e inmunidades sino que también los individuos pueden apelar a las instituciones de derechos humanos de las distintas organizaciones internacionales de seguridad, entre las que destaca, principalmente por sus críticas acerbadadas, la ONU, para defenderse de la violencia. Ante el dilema del relativismo cultural y las consecuencias de imponer una moral occidental ajena a la cultura de otros pueblos, Ignatieff piensa que quizás apenas se está construyendo la nueva legalidad para el mundo que viene:

No vivimos en el mundo moral del relativismo cultural...Todas las naciones aceptan formalmente que la tortura, la violación, las masacres y las deportaciones por la fuerza constituyen una vulneración del derecho internacional humanitario.

Gran pensador, en sus últimas publicaciones se dedica a examinar una nueva forma de conflicto internacional: a la hora de la globalización y el resurgimiento de los nacionalismos, las guerras étnicas son la cuestión más controvertida. Sus escritos constituyen una expresión crítica que es un ejemplo de cómo ha ido cambiando la realidad geopolítica después de la caída del Muro. En el escenario del mundo global, una de las premisas fundamentales que continuamente se plantea es la necesidad de volver a pensar el derecho y las relaciones internacionales, sabiendo si Occidente tiene derecho a imponer sus valores en los enfrentamientos culturales que dividen los pueblos y las naciones; y esta duda que le surge es crítica cuando en una situación política especial se enfrenta el desafío de la intervención militar internacional.

Dotado de una filosofía liberal y firmemente convencido del poder de las Constituciones, Ignatieff hace frente de forma valiente a los asuntos difíciles. Uno de los aspectos más agradables de este autor son las frecuentes contribuciones con sus escritos a aclarar temas de debate en el entorno de los derechos humanos, aportando un punto de vista totalmente particular que dota a sus obras de ideas nunca antes tratadas por desconocidas así como de otras no tratadas por sus controvertidas críticas. Sus trabajos son profundos y muy atractivos, captando el interés de cualquier tipo de lector en sus primeros párrafos a base del planteamiento de cuestiones lógicas y frecuentes que pasa a contestar con un lenguaje claro y asequible en el desarrollo de sus libros y artículos.

Ignatieff ha sido un autor prolífico, publicando multitud de obras, entre las cuales se podrían destacar: *A Just Measure of Pain* (1978), *The Needs of Strangers* (1984), *The Russian Album* (1987) galardonada con el Governor General Award, *Asya* (1991), *Scar Tissue* (1993), *Blood and Belonging: Journeys into The New Nationalism* (1994), premios Lionel Gelber y Gordon Montador, *The Warrior's Honor: Ethnic War and The Modern Conscience* (1998), *Isaiah Berlin. Su vida* (1998), *Berlin in Autumn: The Philosopher in Old Age* (1999), *Virtual War: Kosovo and Beyond* (2000) y *Human Rights as Politics and Idolatry* (2001), además de una cantidad ingente de colaboraciones mediante artículos en prensa, charlas y conferencias.

LA COMUNIDAD IMAGINARIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

La situación actual geopolítica no tiene precedente si no nos remontamos a la época de los últimos emperadores romanos. En efecto, existe una

dominación total y absoluta de una sola nación, aquella que posee el dominio completo por medio de la dominación militar, aquella cuyo poder no puede ser puesto en duda por nada ni por nadie, y a la que, no sin reparos, se le toma como referente para todos los aspectos que rodean a la seguridad y a la defensa internacionales. No sólo se ha de contar con la “cantidad” de este poder, sino también con su disponibilidad y con la voluntad del entorno político que le rodea de emplearlo en cualquier parte y en cualquier momento, allá donde se encuentren “amenazados sus intereses”, lo que permite realizar acciones exactas y un éxito en situaciones que poco o nada se podían plantear hace apenas una década como es el caso de las llevadas a cabo en lo alto de una montaña en Afganistán que se bombardea con aviones B 52 por medio de ataques dirigidos desde un Centro de Operaciones de Combate situado en Arabia Saudí, y con información tan actualizada como la que pueden proporcionar, en tan solo diecinueve minutos, las Fuerzas de Operaciones Especiales actuando en tierra.

Desde que la Guerra del Golfo fue retransmitida en directo, al menos de forma parcial, por la CNN, el papel de los medios de comunicación, y muy en especial de la televisión, ha cambiado por completo el sentido de las operaciones bélicas. Hay quien recuerda las imágenes de los misiles de crucero y de las bombas láser sobre Bagdad como un juego para consolas y ordenador. La guerra llega al hogar no sólo a través de la pantalla de la televisión, instalada en la placidez del salón, sino que llega directamente desde el morro del arma empleada, en directo. Sólo por eso hay quien ya considera a la guerra como un espectáculo, porque para la mayoría de la población, afortunadamente, la guerra es un acontecimiento distante y televisivo. El riesgo queda para unos pocos, los combatientes, y el sufrimiento para la población enemiga.

De hecho, las tropas pueden estar comprometidas en una acción bélica, como en Kosovo, mientras que el grueso de la población sigue con su vida normal. El desarrollo económico y el carácter limitado de los nuevos conflictos humanitarios, permiten que la vida nacional de un país pase inalterada. La guerra en otra parte convive con los toros y el fútbol de aquí.

La atmósfera moral de la política internacional se halla en una continua renovación que está provocando un profundo cambio. Las iniciativas particularistas y solitarias de los años cincuenta posteriores a los dos grandes conflictos ha desembocado en la emergencia, con origen en los años setenta, de colectivos de activistas por el desarrollo, la igualdad, la globalización de la economía y los derechos humanos; estas “masas” más o

menos organizadas han logrado en sus propios países un electorado y un poder institucional suficientes para influir en la política exterior de los Estados más importantes, beneficiándose del profundo cambio que las circunstancias han operado en el campo de acción de la conciencia de nuestro tiempo, que han desarrollado una empatía moral entre los ciudadanos de zonas tan alejadas del Globo como América y Filipinas, ciudadanos que hasta entonces se encontraban preocupados por lo que ocurría única y exclusivamente en el entorno de su vida diaria (su familia, su trabajo, su religión, sus amistades, su provincia o su nación).

A un occidental consciente, procedente de una sociedad segura (ya que según nuestro autor el mundo puede dividirse en zonas seguras y zonas de riesgo), se le puede transformar al contacto con las regiones del mundo contemporáneo sumidas en la guerra y la destrucción en una mezcla heterogénea de horror y de confusión moral. Es el caso de Michael Ignatieff, quien, después de haber visitado algunas de las peores zonas de conflicto en la actualidad, escribe una serie de sugestivos ensayos sobre el choque entre la conciencia moral occidental, universalista y democrática, y las guerras sin honor ni reglas que andan desarrollándose en un gran número de zonas del mundo. Los ensayos de Ignatieff tienen, por ello, un doble mérito: son, por una parte, un intento abierto que asombra por su lenguaje directo y claro, de evaluación de las razones por las que el nacionalismo desenfrenado, el fanatismo religioso y el odio étnico conducen a la destrucción de los vínculos sociales. Pero, por otra parte, son también un franco ejercicio de autorreflexión de la conciencia humanitaria moderna, la misma conciencia que se ha querido ver abocada recientemente a intervenir en zonas de conflicto, movida por el raro remordimiento que le produce el espectáculo de la masacre masiva y el terror en un mundo que creyó haberse despedido ya hace cincuenta años de los campos de concentración, del genocidio.

Según Ignatieff:

La televisión no ha creado esta nueva cultura de comprensión entre el Tercer Mundo y el Primero que permite ese flujo de empatía entre el que sufre y el que mira, pero ha desempeñado un papel sincero e incluso honroso en la formación de un entendimiento rudimentario de los asuntos relacionados con el desarrollo en la opinión pública de Occidente. Si la televisión es ideología burguesa, tendremos que aceptar al menos que la ideología burguesa —en relación con el Tercer Mundo— manifiesta una mezcla muy compleja de amnesia

consciente, sentimiento de culpa, autocontemplación moralizante y auténtica comprensión. La televisión no suprime esta ambivalencia, la reproduce fielmente con toda su carga de confusión.

Desde la aparición de los informativos en las televisiones, que pusieron imágenes a lo que anteriormente era una simple narración radiofónica o noticia escrita, durante la década de los sesenta, se ha posibilitado la contemplación, cara a cara, de la miseria humana que antes quedaba fuera del alcance de la mayoría de la población, convirtiéndose de este modo de pasivos receptores en activos participantes de un bienintencionado humanitarismo internacional, hechos que con anterioridad quedaban fuera de su alcance, o, lo que es igual, fuera del ámbito de las emociones —culpa, vergüenza, escándalo, remordimiento— que mueven a la gente a implicarse en asuntos ajenos, lejanos en el espacio y cercanos en la conciencia.

Mis antepasados del siglo VIII tardaron año y medio en enterarse de que los moros habían invadido la Península. En 1.931 mi abuelo se enteró de la proclamación de la República treinta horas después.

Nosotros presenciábamos el ataque a Nueva York a través de la televisión, y nos hemos enterado de la última guerra semanas antes de que se declarase.

O sea, los adelantos de la técnica consisten, mayormente, en el adelanto de los disgustos" (1).

Los medios de comunicación desempeñan ahora un papel decisivo en la formación de una comunidad imaginaria, tanto en el plano nacional como en el mundial, un mito por el que millones de seres distintos encuentran su identidad común en un "nosotros" y nos sirven una dieta informativa que se legitima en "nuestra" necesidad de saber, aunque, de hecho, lo único que nos muestran es lo que cabe en los límites visuales y cronológicos del género. En ese círculo vicioso, los informativos se convalidan como un sistema de autoridad, una institución nacional con el poder de proporcionar a la nación una identidad y de tomarle el pulso a diario.

La revolución de las comunicaciones aéreas y de la logística del despliegue rápido ha hecho conscientes a los pobladores del mundo, como nunca antes, de que existen enormes posibilidades de remediar, con relativa rapidez, los desastres que muestra la televisión, esa ventana de nues-

(1) Texto correspondiente a un dibujo del célebre humorista Mingote en el diario ABC del sábado 14 de septiembre de 2.002.

tra conciencia. De este modo se ha incidido en el despertar de viejas reivindicaciones al hacer patentes suposiciones conocidas por simples relatos o narraciones, al hacer trabajar al sentido de la vista, sentido por el que recopilamos más del 90% de nuestros conocimientos, se ha podido comprobar que la enorme cantidad de reservas que Occidente no utiliza, por no necesitarlas, desde el trigo de nuestros silos hasta los conocimientos técnicos de nuestros médicos e ingenieros, pasando por los miles de pies de goteo apilados en los almacenes de los hospitales, podrían utilizarse para aliviar el tremendo dolor del mundo. Todos esos elementos han cambiado la imaginación moral de nuestro tiempo. Ahora que no hay fronteras para el compromiso moral, porque abarca el mundo entero, y que se conoce nuestra capacidad de influir en las cosas, nos faltan excusas creíbles para el fanatismo o la inacción. La envergadura de las posibilidades y el volumen de los recursos disponibles se confabulan para acusarnos. Así podemos encontrarlo de forma puntual y muy acertada en los comentarios realizados, sobre la incidencia de las exposiciones realizadas en televisión, Michael Ignatieff en su obra *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*:

Gracias a los informativos o a programas como "Informe Semanal", "Noticias a las 3", "Telediario", etc., la televisión se ha convertido en el intermediario privilegiado a través del cual se establecen relaciones morales entre desconocidos en el mundo moderno. A pesar de esto, apenas se analiza el efecto que tienen sobre esas relaciones morales las imágenes televisivas o las normas y convenciones por las que se rige la recopilación electrónica de las noticias. ...Por un lado, la televisión ha contribuido a derribar las barreras de la nacionalidad, la religión, la raza y la geografía que solían dividir nuestro espacio moral en personas por las cuales nos sentíamos responsables y otras por las que no. Por otra parte nos convierte en voyeurs de un sufrimiento ajeno, en turistas de un paisaje de angustia, y nos enfrenta con sus destinos, al tiempo que esconde las distancias —sociales, morales y económicas— que nos separan (2).

Son los medios de comunicación quienes han convertido el mundo en una aldea global, especialmente gracias al desarrollo técnico en la captación y transmisión de imágenes y de datos. La televisión lleva a las masas

(2) IGNATIEFF, MICHAEL. *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Grupo Santillana de Ediciones S.A., 1.999. Taurus. Título original *"The Warrior's Honour"*. Pág. 15-17.

a lugares de impacto que han movido la conciencia del Norte, como el movimiento de la Madre Teresa de Calcuta o las matanzas de hutus y tutsis en África. La televisión mostró también la existencia del movimiento zapatista en México, que ha inspirado las luchas sociales de otros países contra los programas neoliberales y por derechos comunitarios.

“La televisión redujo drásticamente el desfase temporal entre presión y acción, necesidad y respuesta”, nos dirá Ignatieff, tanto en un sentido como en el opuesto. La movilización que provocan los grandes desastres, como terremotos, hambrunas, epidemias, matanzas, lo hacen por las imágenes, que a todos conmueven de formas que van desde la emigración al extranjero como voluntario al ingreso en cuenta corriente. La presión de esas imágenes da a entender que el vínculo entre los televidentes y los desheredados del Tercer Mundo es inherente al ser humano. Esto lo ha impulsado la comunicación: imagen de la niña y el buitro que espera que muera para comérsela, imagen del negro albino que muere ante los ojos del espectador, imagen de la enfermera en Afganistán eligiendo a qué niños salvar porque no hay medicinas para todos.

Muy cercano en el tiempo se tiene el episodio talibán en Afganistán. Hace apenas cincuenta años se habría constreñido al conocimiento de los intervinientes directamente en el área de operaciones, sin embargo, en la actualidad, han de tenerse en consideración los efectos que en la población mundial, sedienta de información, habría tenido un baño de sangre tras la victoria de la Alianza del Norte; para alguien no metido en los “bastidores” del conflicto, este baño tendría las mismas consecuencias que la vengativa matanza que los kosovares llevaron a cabo tras la victoria de la OTAN en junio de 1999; el agente principal, no sus delegados, cargaría con la mayor parte de la culpa. Un baño de sangre en Kabul o Mazar se transmitiría por televisión a toda la audiencia del mundo islámico. Si la guerra contra el terrorismo es una batalla dirigida a ganarse las mentes y los corazones, resulta difícil imaginar algo más dañino para la posición moral del agente principal, las fuerzas de la OTAN.

La violencia es un acceso seguro a los medios de comunicación; voceros y educadores sociales, violentos de la antiglobalización realizan acciones vandálicas no porque piensen en “ganar la guerra” por la vía militar o del desorden legalmente establecido en cualquier comunidad (quema de autobuses, levantamiento de barricadas, destrozo de vidrieras y mobiliario urbano, etc.), sino para llevar su causa a los medios de comunicación, cuanto más internacionales mejor, y mantenerla allí lo más posible.

El sistema de comunicación de los principales grupos de opinión en la actualidad es Internet, donde se vuelcan noticias, textos, gráficos, imágenes, comentarios, convocatorias, opiniones, por parte de organizaciones de prestigio o de particulares con grandes inquietudes. Los costes de un medio de comunicación internacional se eliminan mediante la red, donde no existen los gastos de impresión ni distribución. Su extensión mundial genera una red de comunicaciones que no están jerarquizados verticalmente, sino que son horizontales y tupidos. No obstante, y a pesar de la gran expansión que se está produciendo en este campo tan importante de las comunicaciones, no se ha podido todavía desbancar la gran profusión de aporte de informaciones provenientes de la televisión.

Michael Ignatieff, tal y como queda dicho en su presentación al inicio de este trabajo, es un gran escritor y habla en sus composiciones de la televisión y lo hace por escrito, mostrando de este modo el poder del pensamiento por escrito que permanece en contra de las imágenes que, tan sólo de forma parcial, pueden ser almacenadas en nuestras memorias. Como buen pensador, no desdeña la escritura pero favorece, analiza y critica, a través de ella, el papel de la formación integral de las "opiniones públicas" a través de los medios masivos de llegada a los ciudadanos, destacando siempre a la televisión.

A pesar de todo, lo que se configura en el mundo occidental como una gran ventaja es apreciado por nuestros "posibles adversarios" como una servidumbre que no es posible evitar por este "mundo desarrollado". Los estados y las organizaciones tecnológicamente más avanzadas son más vulnerables a la guerra de la información simplemente porque son dependientes precisamente de esa información. Desde el lado del mundo occidental se ve la globalización tecnológica del mundo de la prensa, radio y televisión como una gran merma a la libertad de acción del mundo político y militar. Pronto, las agencias internacionales de noticias dejarán de ser dependientes de los gobiernos a la hora de producir las noticias en las zonas de conflicto ya que dispondrán de medios propios de comunicación muy avanzados tecnológicamente. La seguridad de las operaciones militares se va haciendo casi imposible puesto que estos potentes grupos económicos que dominan el mundo de la información periodística están lanzando satélites de comunicaciones para transmitir, en tiempo real, escenas del campo de batalla. Esta enorme cantidad de información estará disponible para cualquiera, incluidos los posibles adversarios, de formas diversas, con permanencia (por escrito)

e incluso produciendo una actualización continua del material que más interese y que ofrezca mayor posibilidad de conocer las vulnerabilidades de “aquel que respeta las normas y los principios básicos necesarios de la libertad de conocer y comunicar”.

Las democráticas leyes occidentales del derecho a la información hacen imposible el que se utilice el libre flujo de datos que navega por Internet; de hecho, la tecnología ha hecho posible la “igualdad en la información” que es lo que patrocina desde la revolución de la tecnología militar que comenzó a finales del siglo XX. Los cambios tecnológicos tan radicales que se están produciendo en los medios permiten desarrollar, en las “sociedades de guerreros” de John Keegan y de Michael Ignatieff, estrategias que explotan el miedo de las sociedades más desarrolladas a las bajas en los conflictos militares. Esto hace posible que adversarios muy inferiores tecnológicamente puedan usar de forma exquisita esta sensibilidad para derrotar a las superpotencias.

LA GUERRA: UNA PROFUNDA REVOLUCIÓN EN EL PLANTEAMIENTO DE LOS CONFLICTOS ARMADOS

Es deseable el llegar a los conflictos armados “de bajas 0” o “no letales”, conflictos cuyos ataques adquieren tal precisión (ataques quirúrgicos) que son neutralizados o destruidos únicamente aquellos objetivos que pueden doblegar la voluntad del adversario sin que se ocasione la pérdida de ninguna vida humana, ni en el bando contrario ni en el propio. La necesaria información a los Medios de Comunicación Social, y su aprovechamiento en la faceta de apoyo a las operaciones por parte de la opinión pública, ha llevado a diseñar software exclusivo y sistemas de captación a bordo de los sistemas de armas (principalmente de las aeronaves y vehículos de reconocimiento no tripulados) compatibles con los sistemas de vídeo y audio de explotación en el sector civil y de empleo internacional; se ha llegado, de esta forma a la “guerra en directo”, a la “ciberguerra”, a la guerra “on line”. Cualquier ciudadano del mundo puede, sentado en su casa mientras toma el aperitivo, observar y criticar la acción desarrollada por el piloto a miles de kilómetros de distancia de su domicilio, puede juzgar la operación, el ataque, sin nervios, con toda la tranquilidad posible, y de este modo puede emitir un juicio que puede llevar a un gobierno a desistir de la estrategia que haya pergeñado para alcanzar la victoria lo antes posible, puede motivar y limitar los objetivos políticos.

Para Michael Ignatieff, la guerra se equipara hoy ya a un deporte, pues “Como con los deportes, nada vital está en juego: ni la supervivencia nacional, ni el destino de la economía” (3).

La difusión de las imágenes de los ataques provocó que en Bosnia fuera necesario, no sólo la firme comprobación del piloto que iba a realizar el bombardeo sobre el objetivo de que se trataba, sin lugar a dudas, del objetivo previsto, sino que se solicitaba, en la mayoría de los casos, una segunda comprobación por parte del piloto de la segunda aeronave que acompañaba en el strike, en el ataque. En más de un 10% de las incursiones iniciadas hacia los blancos seleccionados no se produjo finalmente el lanzamiento del armamento por la “no certeza total” en su identificación. Aún así, una incompleta información sobre el objetivo o una desafortunada actuación de los pilotos ha llevado a alcanzar blancos “política y públicamente no aceptables”; tal ha sido el caso de la boda que se celebraba en Afganistán o, más recientemente, el ataque realizado por la Fuerza Aérea Israelí para matar al líder de Hamás que produjo 18 víctimas civiles, entre ellas 10 niños.

Ahora bien, si la guerra ha pasado a ser vista como un deporte o un espectáculo más se debe a la presencia de cámaras en el campo de batalla. La cobertura mediática lleva a que imperceptiblemente la atención se centre no tanto en las hostilidades, en la confrontación de las fuerzas militares, como en la batalla por la opinión pública doméstica. La presencia americana en Vietnam se vino abajo por la oposición interna a la guerra. En Kosovo, los errores de la aviación aliada y el disgusto moral que causaron pudieron ser compensados gracias a una hábil campaña propagandística de la OTAN y por las atrocidades de la limpieza étnica serbia. Pero en cualquier caso, no cabe duda de que el frente interno es tan relevante para la guerra postmoderna como el enfrentamiento con el enemigo, si no más.

Nos comenta nuestro autor que cuando la guerra llega a ser un espectáculo deportivo más, los medios de comunicación se convierten en el decisivo teatro de operaciones. La presencia de cámaras en el campo de batalla limita la flexibilidad de las decisiones y la libertad de acción en los niveles de decisión militar. Estas cámaras, entrada de datos de las conciencias, cambian el punto de vista de las hostilidades desde las fuerzas

(92) IGNATIEFF, MICHAEL. “*Virtual War. Kosovo and Beyond*”. Metropolitan Books 2.000. Nueva York. Pág. 191.

enemigas empeñadas en combate, pueden, de manera extraordinaria, tergiversar las acciones enemigas presentándolas de tal manera que la opinión pública de los civiles en sus casas se vuelque hacia lo innecesario de continuar con la confrontación armada. La única respuesta viable, por parte de las naciones, a este hecho ha sido la actuación asimétrica, definiendo objetivos militares no por su importancia estratégica sino por la opinión pública que podía generar su acometimiento (destrucción o neutralización en el grado adecuado).

“Este aspecto de la guerra, nos dirá Ignatieff, es nuevo en la historia: no hubo reporteros aliados en Berlín, Hamburgo o Dresde cuando fueron bombardeados; no había periodistas alemanes cubriendo las noticias en el lado aliado de las operaciones en la Primera Guerra Mundial. La conducción de la guerra se ha transformado en más transparente a lo largo de los últimos setenta y cinco años, y la distancia entre los hogares y los campos de batalla ha disminuido, al mismo ritmo que las distancias en nuestro mundo. Pero esto no significa que se pueda contemplar la guerra de una nueva forma; ella también transforma a los observadores en protagonistas, y asigna un papel a los medios mucho más allá de meros mediadores. En la guerra virtual, los periodistas se han transformado, de un modo u otro, en combatientes”.

Heráclito pensaba que la guerra era el principio de todas las cosas. Hegel recordaba que el conflicto era el movimiento del devenir del espíritu. Para Hobbes, el estado de naturaleza humano sólo podía ser una guerra de todos contra todos. Este trío sospechaba del sentimiento de fraternidad y del amor del prójimo. Nunca hubiera, ninguno de ellos, confiado en la esperanza de extinguir la violencia de la sociedad. Ellos advertían que el amor tiene una pareja inseparable: el odio, porque ¿acaso hay algo más humano que la guerra?

El siglo XXI se inicia sin dar respuestas a una pregunta urgente: ¿cómo podrían ser moderadas las pasiones guerreras? Durante muchos siglos se creyó que la educación en las primeras etapas de la vida de las personas era el modo más eficaz de erradicar la violencia y el fanatismo. Hoy se reconoce que la educación es un límite pero no es suficiente. El holocausto y las guerras étnicas en la antigua Yugoslavia son un ejemplo de que nadie vislumbra cómo mitigar la ira humana. La guerra solían perpetrarla los soldados regulares; ahora la hacen soldados no regulares. Esta puede ser la razón de por qué resultan tan salvajes las contiendas postmodernas, de por qué los crímenes de guerra y las atrocidades son actualmente intrínsecas al propio desarrollo

bélico. Con estas incógnitas, Michael Ignatieff abre un debate sobre los nuevos dominios de la guerra. Antes del final del siglo, más allá de la utopía comunista, nada parece tan claro como la reanudación de las hostilidades.

¿Porqué la violencia ha alcanzado esos grados de barbarie y crueldad? En el principio es la descomposición de la política. Esa es la alarma; después de la fragmentación del Estado viene el odio entre los grupos étnicos. Ignatieff esbozó su diagnóstico del proceso de desintegración de la vida pública, antes de caer en la espiral de la venganza y la guerra:

Nótese el orden casual: primero cae el Estado, que está por encima de las partes; luego aparece el miedo hobbesiano; en un segundo momento, la paranoia nacionalista y enseguida, la guerra. La desintegración del Estado es lo primero; la paranoia nacionalista como respuesta a la destrucción del orden y de la convivencia y enseguida, la guerra. La desintegración del Estado es lo primero; la paranoia nacionalista viene después. Es la genealogía de la nueva guerra. El nacionalismo de la gente común es una consecuencia secundaria de la desintegración política, una respuesta a la destrucción del orden de convivencia entre las etnias. El nacionalismo crea comunidades del miedo, grupos convencidos de que sólo están seguros si se mantienen juntos, porque los seres humanos se hacen "nacionalistas" cuando temen algo, cuando ante la pregunta ¿y quién me protege ahora? sólo saben responder: los míos.

A través del seguimiento de las noticias que hasta el día 21 de enero de 2002 se podía realizar a través de fuentes oficiales, aunque parezca difícil de creer, uno era hasta ese momento el número oficial de soldados norteamericanos muertos por fuego enemigo en Afganistán. Como se sabe, las bajas en el bando afgano se cuentan por centenares, casi todas civiles. Han muerto más cooperantes y periodistas que soldados norteamericanos en esa guerra. Han caído más soldados norteamericanos en accidentes que en el propio combate. Por ello, grandes pensadores contemporáneos, como Umberto Eco y nuestro autor Ignatieff, cuestionan ya el concepto clásico de guerra, como enfrentamiento entre dos ejércitos nacionales. Las víctimas civiles parecen ser ahora las predilectas de los "nuevos ejércitos de los pueblos", esas masas desorganizadas armadas y cargadas, en sus acciones, de una extremada violencia.

Por ser un pensamiento que subyace a la mayoría de sus obras, se destaca en la forma de pensar y enfocar la cuestión bélica que Ignatieff plantea la intervención militar como justificable sólo en dos casos: primero, cuando la violación de derechos humanos llega al extremo de un inten-

to sistemático de expulsar o exterminar a un número elevado de personas que no tienen medios para defenderse, e intentos de genocidio o limpieza étnica, y aun en esas circunstancias debe ser el último recurso; no existe mayor amenaza para la seguridad del mundo posterior a la Guerra Fría que la destrucción de los Estados y, en consecuencia, de la capacidad de sus respectivas poblaciones civiles para alimentarse y protegerse, tanto del hambre como de los conflictos interétnicos; segundo, cuando dichas violaciones amenazan la paz y la seguridad de los Estados vecinos.

Desde otro punto de vista complementario habría que añadir dos condiciones más: la primera, que han tenido que agotarse las alternativas diplomáticas; y, la segunda, que la fuerza sólo está justificada cuanto tiene posibilidades reales de surtir efecto. Muchas veces ha sido tratada la primera justificación desde la desgraciada contienda que ha enfrentado a serbios, croatas y musulmanes, que ha dado a conocer, si es que alguien aún lo dudaba, que el racismo existe en toda Europa, pero sólo en Serbia el desprecio racial fue una ideología oficial. La masacre fue legitimada desde las altas instancias, defendida por toda la clase política y gran parte de la clase intelectual, con honorables y alentadoras excepciones.

El desprecio racial proporcionó la licencia moral a los hombres con pasamontañas que violaron a mujeres, ejecutaron a niños, juntaron a los hombres en cuadras y los fusilaron a todos, para después quemar los cadáveres. El racismo es suficientemente explosivo. Pero cuando se mezcla con la envidia, se vuelve asesino (4).

Contra el racismo, una de las formas que toma la intolerancia para destruir la convivencia en común, se puede proponer, según Fernando Savater, una refutación que invita a la hospitalidad en un alegato a favor de la identidad humana, entendida como reconocimiento de la condición de huésped, que todo individuo comparte por igual. Contra el racismo se ha de recordar que todos los humanos son por igual extranjeros porque todos vienen de donde no saben y van hacia lo desconocido. Todos somos por tanto huéspedes los unos de los otros durante la vida que compartimos y nos debemos la ley de la hospitalidad que es la base de cualquier civilización digna de ese nombre. Identidades culturales hay muchas, pero la única identidad civilizada que de veras cuenta es la identidad humana.

La Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados (ICISS), de la cual forman parte, entre otros, Michael Ignatieff,

(93) IGNATIEFF, MICHAEL. "Los rencorosos que esperaron para matar". Tribuna Libre. 1.999.

Vladimir Lukin, Klaus Nauman, Fidel Ramos, etc., expone que existen importantes discrepancias internacionales sobre las circunstancias que justifican una intervención humanitaria, aunque una amplia mayoría de los integrantes de la ONU coincide en que tales operaciones sólo pueden ser autorizadas por el Consejo de Seguridad.

Una de las lecciones más feroces del fin de siglo pasado es que nada empeora tanto a una persona como el hecho de convencerla de que pertenece a un pueblo. No hace falta añadir el tan frecuentado adjetivo “oprimido”, porque todos los pueblos lo están por definición. Según nuestro autor, los que no están oprimidos están “amenazados” y, con toda franqueza, no se sabría que es en realidad peor. Es inútil buscar el agente pasivo que amenaza u oprime a los pueblos, ya que son las propias conciencias las que se encargan de ello, las conciencias representadas por las opiniones de los líderes que han decidido convencer a gente corriente y a menudo simpática de que pertenecen a un pueblo, esa cosa antropófaga y trascendental. Para lograr tal afiliación forzosa subrayan hasta lo caricaturesco o monstruoso los ambiguos rasgos étnicos existentes y mutilan en cada individuo sus mestizajes peculiares y su identificación con la humanidad sin lemas del vecino.

Sin embargo, saberse parte de un pueblo es alcanzar la exquisita dignidad de ser insoluble entre los demás e incompatible con dos o tres adversarios selectos (siempre los vecinos más próximos). Entre tanta diversidad de étnias, razas y culturas, apenas hay espacio para los verdaderos ciudadanos del siglo XX o XXI, como queda patente en la identidad personal del conocido Nabokov: “Soy un escritor norteamericano nacido en Rusia y educado en Inglaterra, donde estudié literatura francesa, antes de pasar quince años en Alemania...”. El conflicto entre las distintas morales suele resolverse con el siguiente razonamiento: todos los seres humanos merecen el mismo respeto, pero es que los vecinos, en realidad, no son seres humanos. El propio Freud observaba que “siempre que se disponga de un grupo aparte contra el que se pueda manifestar la agresividad será posible mantener unido por el amor a un número considerable de personas”.

A partir de una reflexión sobre un tema bíblico, Ignatieff aborda el conflicto de la relación con el prójimo. “La historia de la Humanidad no comienza precisamente con el asesinato de un desconocido, sino del hermano del asesino”. El dilema de Caín todavía es motivo de incertidumbre: ¿acaso soy el guardián de mi hermano? La historia de Caín da muestra que “no hay guerra más salvaje que la civil, ni crimen más violento que el fratricidio, ni odio más implacable que el de los parientes cercanos”.

La identidad humana, individual o colectiva, se constituye en una relación definida por un mecanismo de agresividad ofensiva y por la correspondiente actitud defensiva. La expresión de las diferencias se hace agresiva precisamente para disimular que son menores. Cuanto menos esenciales y patentes resultan las diferencias entre dos grupos, más se empeñan ambos en presentarlas como un hecho absoluto y diferenciador que les otorga características y peculiaridades propias. Pero no basta, porque la agresión que mantiene la unidad del grupo no se dirige únicamente hacia fuera, sino también hacia dentro con objeto de eliminar todo aquello que separe del grupo al individuo.

Nada es más peligroso para los nacionalismos y los fundamentalismos que la libertad personal. Si bien para un pensamiento tan introducido en la relación de las comunidades políticas y tan crítico con las interrelaciones de los pueblos como el de Samuel Huntington la violencia de los Balcanes es una noticia de la amenaza que viene —la guerra entre religiones y el choque de civilizaciones—, Ignatieff parte de otra forma de percibir el rompecabezas de las guerra étnicas. Critica a Huntington, porque no encuentra en estos conflictos un renacimiento de las creencias sino un abandono:

La exagerada defensa de las diferencias religiosas se explica precisamente porque se estaban borrando. La violencia narcisista no estalló entonces porque la religión despertara sentimientos profundamente arraigados, sino porque ya eran poco auténticos.

Incluso afirma que el proceso de modernización y las nuevas etapas de la era global provocarán más conflictos e intolerancia, por una menor comprensión de las bases de sustentación de las relaciones internacionales. Los beneficios de la modernidad no bastarán para aliviar la ira. La disminución de las diferencias “objetivas” entre grupos rivales no produce necesariamente una reducción de la desconfianza “subjetiva”, al contrario, cuanto más convergen objetivamente más crece la intolerancia mutua.

La vieja idea ilustrada de que el entendimiento político disminuye siempre las diferencias y aumenta la comprensión está siendo puesta en duda. Tal vez falta recuperar la práctica de la política. Sólo la restauración de las instituciones públicas puede ser un antídoto contra la voluntad guerrera. Para dejar atrás la furia de la venganza y la detonación de la violencia hace falta el arte de la negociación y el acuerdo, falta reconciliación. Es verdad que ningún arte es más frágil e inestable; sin embargo, ninguno más imprescindible e irremplazable.

La génesis de muchos conflictos está en el mal entendido término “nacionalismo”, porque el populismo nacionalista apareció con fuerza en Europa al quebrarse los viejos Estados dictatoriales. Sirve de coartada para que no lleguen a surgir Estados verdaderamente democráticos y también hacer la vida imposible a los que mejor o peor han logrado configurarse. Lo ha expresado muy bien Michael Ignatieff, en su libro *El honor del guerrero*: “El nacionalismo de la gente común es una consecuencia secundaria de la desintegración política, una respuesta a la destrucción del orden y de la conciencia de las etnias que aquél hizo posible. El nacionalismo, como ya se mencionó, crea comunidades del miedo, grupos convencidos de que sólo están seguros si se mantienen juntos, porque los seres humanos se hacen nacionalistas cuando temen algo. ¡Y pensar que aún hay despistados que exigen una Europa de los pueblos frente a la Europa de los Estados! Pedir una Europa de los pueblos significa dar luz verde a la Europa de los crímenes”.

El fracaso de los Estados va acompañado de una privatización cada vez mayor de la violencia. Las unidades de combate son diversas: ejércitos convencionales o lo que queda de ellos, los grupos paramilitares, generalmente formados por gente proveniente de los ejércitos que trabajan para el propio Estado o para cárteles mafiosos, los mercenarios, los ejércitos de las instituciones internacionales que generalmente no entran en combate, los ejércitos extranjeros. Ignatieff explica que para los jóvenes guerreros el arma como emblema ha sustituido el papel del uniforme. La sexualidad primaria del varón adolescente preside la subcultura de unas guerras en que las bandas paramilitares actúan a menudo como franquicias de los Estados para hacer los trabajos más sucios que estos prefieren delegar.

Con el fin de impedir atrocidades como tantas que el mundo ha sufrido, al final de la Primera Guerra Mundial fue creada la Sociedad de Naciones, peldaño hacia la actual Organización de las Naciones Unidas, constituida tras la Segunda Guerra Mundial. Estos fueron quizá los primeros pasos para conformar entidades internacionales que rigen o agrupan organismos con intereses similares, es decir, la ONU es el antecesor del Fondo Monetario Internacional, de la FAO, de la UNICEF, hasta nuestros días, en los que un fenómeno llamado globalización cada vez se extiende más como modelo a seguir para el enriquecimiento de la economía, que debe ser paralelo al crecimiento de la sociedad.

La ONU ha sido foro de ideas, debates y acuerdos que han beneficiado a países donde la guerra, el hambre o las enfermedades superan la capacidad

del propio país para dar bienestar a sus habitantes. No obstante, su efectividad ha sido puesta en tela de juicio ante conflictos recientes, y una de esas acusaciones es la indiferencia con la que tanto este organismo como el gobierno de los Estados Unidos trataron el genocidio ruandés: se vaticinaba que tras el asesinato del presidente Juvenal Habyarimana, el 6 de abril de 1994, una “ola de violencia generalizada” podría desatarse en el país, cosa que sucedió ese mismo día, mientras el gobierno estadounidense hacía presión para evacuar algunas tropas de la ONU que se encontraban en Ruanda. Esta actitud ante la problemática de África se ha repetido en países como Angola, Zaire, Sierra Leona y otros más, sin embargo, el argumento de la Organización de Naciones Unidas es también válido: Michael Ignatieff lo expone en una entrevista al exsecretario Boutros-Ghali:

La comunidad internacional se quedará tan contenta cuando les vea destruirse mutuamente, hasta que no quede un solo hombre, porque la comunidad de los donantes está cansada, harta de auxiliar sociedades que parecen incapaces de salvarse solas.

Ciertamente estas palabras son de una gran crueldad, pero también es verdad que, por poner un ejemplo, en Ruanda el gobierno invirtió el 50 por ciento de los financiamientos internacionales para el desarrollo –otorgados por el Banco Mundial– en armamento para el ejército que realizó el genocidio siete años atrás, de tal suerte que, en busca de la ayuda que algunos tanto requieren, gobiernos oportunistas han acaudalado grandes fortunas que suelen enriquecer a algunos, a espaldas de los que todavía continúan en la miseria, bajo condiciones infrahumanas de vida.

Por ello, si hay algo con lo que esté totalmente en desacuerdo nuestro autor es con la actuación, en las últimas décadas, de la Organización de las Naciones Unidas y, con una mayor concreción, con el desarrollo de las decisiones y de las actuaciones llevadas a cabo por su Consejo de Seguridad. Como ejemplo baste señalar el comentario realizado ante el despliegue de los cascos azules en Bosnia: “Mientras los desmoralizados cascos azules desplegados en Sierra Leona esperan el avance de los rebeldes sobre la capital, Freetown, la ONU exhibe una vez más una sorprendente incapacidad para aprender de los errores del pasado. Al igual que en Bosnia, el Consejo de Seguridad envió fuerzas de pacificación para mantener una paz inexistente. Como en Ruanda, los países miembros proporcionaron tropas sin capacidad de defenderse. Y como en Somalia, las fuerzas de la ONU se han visto involucradas en una guerra civil sin tener ni los medios ni la voluntad necesarios para imponerse”.

Es opinión de Michael Ignatieff que el sistema que rige la toma de decisiones en el entorno de actuación de la ONU sufre una amnesia institucional que ha provocado el que haya quedado atrapado en el círculo vicioso de repetir los mismos errores. Ello le impide reconocer que lo que ha de ser el ideal en el que se asienta y lo que debe constituir su principal modo de intervención, el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, tiene tantas deficiencias que debería descartarse totalmente. La idea de interponer un grupo de soldados con cascos azules y armamento ligero entre dos bandos tenía algún sentido durante la Guerra Fría, cuando se trataba de enfrentamientos entre dos países. Pero esta estrategia ha resultado contraproducente en todas las guerras civiles, conflictos intranacionales, que se han producido desde entonces. Las misiones de pacificación tradicionales (capítulos VI y VII de la Carta de las Naciones Unidas) sólo funcionan cuando los estados enfrentados quieren y desean establecer la paz.

Muchas esperanzas han sido depositadas, desde la primera operación de vigilancia de la tregua en 1948 entre árabes e israelíes, en las operaciones de mantenimiento de la paz, muchos conflictos de índole internacional han sido de esta forma apaciguados, pero las circunstancias mundiales han cambiado; ha llegado la hora de poner fin a las misiones de pacificación antes de que éstas acaben con la ONU. El Consejo de Seguridad, según Ignatieff, debe seguir siendo el órgano fundamental encargado de legitimar el uso de la fuerza militar, bajo el principio de decisión de "estudio de conflicto por conflicto", pero la Secretaría General debe interrumpir las operaciones de pacificación donde saben que van a enfrentarse a una enconada resistencia armada y a una voluntad de los contendientes difícilmente moldeable y encauzable, que oponga una disparatada conciencia parcial del entendimiento del conflicto por cada parte. Allí donde no hay que mantener la paz, sino imponerla, se necesitan tropas preparadas para entrar en combate, provistas de acorazados, municiones, servicios de información y una sola línea de mando.

En contra de lo que parece ser un principio de actuación, la comunidad internacional ha de entender que en algunas ocasiones el carácter de neutralidad en la operación de mantenimiento es desbordado por circunstancias particulares de los enfrentamientos, y que en este caso debe ser dicha comunidad la que apoye a uno de los bandos y hacerlo con una fuerza abrumadora. Pero la principal lección de todo esto es que las misiones de pacificación están destruyendo la ONU misma. "Si Naciones Unidas valora su propia supervivencia, deberá abandonar un ideal que en

tantas ocasiones ha traicionado”, ya que, según el criterio de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados, en su informe titulado “La responsabilidad de protección”: “Los estados soberanos tienen la responsabilidad de proteger a sus ciudadanos de catástrofes evitables, pero cuando no pueden o no quieren hacerlo, esa responsabilidad recae en la comunidad de naciones, en cualquiera de las expresiones de voluntad supranacional”.

Ganar una guerra ya no tiene una definición tan diáfana como hace apenas un siglo porque, ¿qué es ganar un conflicto armado? Hoy en día, como ya se viene diciendo, se trata de estudiar y afrontar una guerra diferente, no convencional, pues aunque acabara un bando con los violentos del contrario, surgirían nuevos adversarios dispuestos a ocupar sus puestos. (¿No es esto extrapolable al caso del terrorismo internacional o, más concretamente, a Bin Laden que tiene multitud de seguidores dispuestos a “sustituirle” en cuanto fuese de algún modo eliminado?). Los conflictos modernos son una batalla contra el terror, pero el problema es que se puede poner límites al terror, pero no eliminarlo.

Según Ignatieff: “Una victoria en esta guerra implicará hacer algo de verdad para combatir el odio que sienten miles de millones de personas porque se ven excluidas de nuestra abundancia y nuestra libertad”. Termina su pensamiento el autor dando a entender que hay que hacer muchas otras cosas distintas a un bombardeo convencional o a un ataque de las Fuerzas de Operaciones Especiales para alcanzar la victoria, o al menos el final de la confrontación, y eso es lo que ha de hacer reflexionar a los líderes mundiales, un pensamiento presente en Ignatieff: “Lo que sí sé es que ésta es una guerra en la que todavía no se ha empezado a combatir”. Hay que buscar métodos para conseguir que la libertad y la competitividad sean compatibles con la justicia social y con el equilibrio entre “bárbaros” e “imperiales” (5).

LA DECADENCIA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Desde el final de la guerra fría, el tema de los derechos humanos pasó a convertirse en el vocabulario moral sobresaliente en cuestiones de relaciones internacionales y política exterior. Michael Ignatieff describe, apoyado en su gran experiencia como escritor y como comentarista sobre

(5) IGNATIEFF, MICHAEL. *“The Danger of a World Without Enemies”*.

asuntos mundiales, con gran acierto los temas que penetran en los éxitos, los fracasos y los progresos en la actual revolución de los derechos humanos. Desde que las Naciones Unidas adoptaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948, esta revolución ha roto el progreso moral en el mundo y destruido el monopolio de los estados-nación en la conducción de los asuntos internacionales. Se está adueñando de la política mundial una parecida indiferencia hacia los derechos humanos.

Nuestro autor sustenta sus opiniones sobre este tema en el hecho de que los activistas de los derechos humanos han escrito directamente críticas sobre Asia, el mundo islámico y con el mundo occidental poco o nada dispuesto a aceptar los límites de una desmedida ambición en el “dominio del mundo” y la proyección de su particular comprensión e interpretación de estos derechos cuando las acciones a emprender pueden perjudicar a sus intereses.

Es partidario de examinar las particulares políticas nacionales sobre los derechos humanos valorando cuando es apropiado usar de hecho estos derechos con un abuso patente para justificar intervenciones en otras naciones. En sus artículos sobre el cambio en la concepción de los derechos humanos habla sobre el cambio fundamental que se está produciendo sobre toda la Humanidad en el corto periodo de la duración efímera de la última generación, de la generación de gobernantes nacidos en los 50; expone el cambio sufrido como “la revolución de los derechos”, una revolución que puede describir de forma jocosa la manera en la que el hablar de los derechos humanos ha transformado el modo en que pensamos sobre nosotros mismos como ciudadanos, como hombres, mujeres, y como padres. Cuando en cualquiera de los medios de comunicación se puede ver la justicia cumplida, por ejemplo, cuando un prisionero injustamente encarcelado camina por fin libre, cuando una persona largamente perseguida por su forma de pensar alza su voz y reclama su derecho a ser oído, todo el mundo siente una profunda emoción que ensalza y alegra su espíritu. Esa emoción es la que produce la sensación de vivir en un mundo maravilloso, en un mundo construido sobre la base del respeto a todos los derechos universales del ser humano. No obstante, la historia de los derechos humanos es larga y muy complicada.

El propósito esencial de una comunidad política basada en el respeto a los derechos es proteger la igualdad para cualquier persona. Lo que entiende alguna nación, sin embargo, es la necesidad de alcanzar un mutuo acuerdo para todos los individuos en las mismas condiciones, sin

respetar las particularidades e idiosincrasias concretas de cada grupo humano.

¿Se puede seguir hablando de la existencia de los derechos humanos? Si la pregunta parece alarmista, considérense algunos hechos. Han cesado por completo las presiones occidentales sobre China para que respete los derechos humanos obteniéndose como contraprestación un apoyo sin límites a la guerra contra el terrorismo, puesto que los problemas ancestrales que ha tenido con los separatistas de Xinjiang se han convertido en una lucha justificada contra fundamentalistas y terroristas islámicos. De otra parte, Egipto, que durante muchos años ha recurrido a los encarcelamientos sin juicio previo, a los tribunales militares y a la tortura para mantener el control sobre militantes políticos, exige ahora manos libres, todavía más. Por su parte, el presidente de Zimbabue ha decidido que, en realidad, sus sempiternos oponentes políticos son terroristas.

El argumento al que hay que recurrir es el de que los derechos humanos constituyen la mejor garantía de la seguridad nacional. Si se requiere fomentar la consolidación de unos estados seguros, que no amparen ni exporten actividades terroristas, los estados occidentales tendrán que hacer mucho más que garantizarse unos acuerdos básicos. Tendrán que presionar a esos países para que se doten de unos derechos políticos mínimos y de los procedimientos judiciales adecuados (6).

La revolución de los derechos humanos es la historia de una lucha, de una continua confrontación entre los seres humanos. Efectivamente, el concepto de derechos proviene de la lucha entre los varones propietarios de la tierra de Inglaterra y Francia para deshacerse de la tiranía de los barones y reyes y establecer los derechos de propiedad y el debido proceso de su regulación por ley. Pero una de las grandes ironías sobre los derechos humanos es el que aquellos que lucharon y ganaron los suyos no necesariamente quieren que los demás los tengan. Cuando los hombres blancos lucharon y murieron por conseguir el respeto a sus propios derechos y, finalmente los alcanzaron, entonces ellos se los niegan a todos los que los reclamaron con posterioridad, mujeres, hombres de otras razas y religiones, trabajadores, etc. Nada es tan obvio como la idea de que los derechos han de ser repartidos en igualdad.

(6) IGNATIEFF, MICHAEL. "¿Está en las últimas la era de los derechos humanos?". Artículo publicado en el New York Worker.

La idea de derechos humanos implica que “mis derechos son iguales que los tuyos”; si éstos no son iguales entonces no se trata del concepto universal de “derecho” sino de un conjunto de privilegios que se otorgan por separado a distintos grupos de individuos. El propósito esencial de una política comunitaria en este ámbito es proteger la igualdad entre todas las personas.

En este momento, la mayoría de las poblaciones del mundo conocido como occidental está profundamente preocupada por los problemas medioambientales y por la protección del ecosistema en diferentes espacios, tratamiento para el que se solicita un criterio y una doctrina comunes, un mismo conjunto de derechos universales. Una minoría de naciones (entre las que se cuenta Estados Unidos, como quedó demostrado en el documento clave de la Cumbre de Johannesburgo en el que se recogen los planes de acción para “salvar el planeta”) observa el espacio de soberanía política como un modelo confeccionado a base de parches: espacios de definición propia y particular para cada nación; de este modo difícilmente pueden establecerse espacios comunes en los que prevalezcan los derechos humanos de todos los habitantes del planeta dado que cada país insiste en su “espacio único de influencia”.

Michael Ignatieff ha escrito infinidad de artículos con base principal en los sucesos del 11 de septiembre; en uno de estos artículos publicado en febrero de 2002 afirmaba de forma categórica que: “El problema es saber si, tras el 11 de septiembre, la era de los derechos humanos ha llegado a su fin”. De forma un tanto más optimista, aunque sólo el devenir podrá decir si es o no acertada, podría respondersele que no.

Lo que sí es tangible es que el mundo se enfrenta a nuevas maneras de responder a problemas muy profundos sobre la seguridad humana en nuestro Planeta. Nos podemos hallar ante la enorme responsabilidad de mantener rigurosamente los criterios de respeto a los derechos humanos, reconociendo que también ellos son el objetivo de los terroristas.

No es necesario recordar la urgencia de poner en práctica estos objetivos e ideales interrelacionados, cuando India y Pakistán se preparan para un conflicto abierto, o cuando se piensa en el prolongado enfrentamiento en Oriente Próximo o en algo que se menciona con mucha menos frecuencia: el devastador conflicto en la República Democrática del Congo, en el que se han visto implicados otros seis países africanos y en el que se calcula que han muerto más de tres millones de personas desde 1990.

Esos conflictos tan complejos y mortíferos desvían unos recursos y una atención vitales para el desarrollo, y causan inmensos sufrimientos y transgresiones de los derechos humanos.

El 11 de septiembre dividió el mundo en “nosotros” y “ellos”, para nosotros y para ellos. Fue tanto una catástrofe como un momento de afirmación. Después del evento se supo quiénes éramos nosotros y se supo quiénes eran ellos, el enemigo. O así lo pensaba el mundo occidental en aquel entonces (7).

El derecho fundamental a la vida es vulnerado una y otra vez por quienes se erigen en defensores de ideas y fanatismos complejos y mal sustentados, por esos grupos terroristas que se asientan en actuaciones sin principios morales ni éticos. Esos terroristas atentan contra el derecho más sublime de todos. Todos los estados tienen el deber de encontrar y castigar a quienes planean y hacen posibles dichos crímenes. El Estatuto de la Corte Penal Internacional —primer instrumento para codificar los elementos de un crimen contra la humanidad que acaba de entrar en vigor establece la responsabilidad individual por dichos crímenes, ya estén sancionados por un Estado o sean actos de grupos. La ratificación universal del Estatuto es un objetivo importante para la comunidad mundial. Las naciones se deben equipar con los medios necesarios para enfrentarse en el futuro a crímenes como los cometidos el 11 de septiembre.

La cooperación y la resolución internacionales son vitales para combatir a quienes planean actos terroristas. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas ha dado pasos importantes en este sentido. A través de la Resolución 1373, adoptada el 28 de septiembre de 2002, el Consejo impuso a los Estados una nueva obligación legal internacional de cooperar contra el terrorismo, utilizando el lenguaje de las convenciones internacionales existentes. A pesar de los esfuerzos por enmarcar la respuesta contra el terrorismo dentro del derecho penal nacional e internacional, tras el 11 de septiembre ha surgido un lenguaje alternativo. Ese lenguaje que ha dado forma a una respuesta mucho más amplia en todos los niveles, ha utilizado la expresión “guerra contra el terrorismo”. Ello ha provocado en muchas partes del mundo un cambio sutil de acentuación; el orden y la seguridad se han convertido en prio-

(7) IGNATIEFF, MICHAEL. “11 de septiembre: Occidente dividido”. Agenda Estratégica. Lunes 14 de octubre de 2002. Artículo publicado anteriormente en “Financial Times”.

ridades absolutas, a pesar de que el mundo ha aprendido del pasado que hacer hincapié en el orden y la seguridad nacionales ha significado con frecuencia una restricción de la democracia y de los derechos humanos.

Es esencial que las medidas adoptadas por los Estados para combatir el terrorismo sean conformes a los criterios internacionales de los derechos humanos. El Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, lo ha expresado convincentemente en el discurso pronunciado ante el Consejo de Seguridad el pasado 18 de enero: "Todos deberíamos tener claro que no hay ninguna contradicción entre una acción eficaz contra el terrorismo y la protección de los derechos humanos. Por el contrario, creo que, a la larga, comprenderemos que los derechos humanos, junto con la democracia y la justicia social, constituyen la mejor profilaxis contra el terrorismo. Aunque está claro que es necesaria la vigilancia para prevenir los atentados terroristas y la firmeza a la hora de condenarlos y castigarlos, sería contraproducente sacrificar en el proceso otras prioridades clave, como los derechos humanos".

Nuestro autor piensa que: "La gran preocupación ahora es que si las democracias maduras borran las líneas divisorias o dan mal ejemplo, los regímenes no democráticos considerarán que tienen luz verde para mantener políticas represivas, convencidos de que nadie prestará atención a sus excesos. Se hace así más difícil garantizar la conformidad con los criterios y las garantías fundamentales contra los abusos de poder. Es especialmente preocupante que el ambiente creado tras el 11 de septiembre esté afianzando en Europa una mentalidad de fortaleza. Al tiempo que los controles se hacen más estrictos, se da un endurecimiento del debate y del lenguaje utilizado cuando se habla de los solicitantes de asilo político y de los inmigrantes. Ello, junto con la reaparición del antisemitismo y el aumento de la fobia al Islam, son problemas que deben atajar tanto los dirigentes como los ciudadanos europeos" (8).

Dado que las guerras actuales son desarrolladas frente a las cámaras y son dirigidas directamente a lo que será atacado en el bando enemigo, los comandantes militares occidentales saben que el éxito reside ahora en la aceptación por parte de la opinión pública de sus acciones. De hecho,

(8) IGNATIEFF, MICHAEL. "Los derechos humanos, ensombrecidos por el 11-S". Publicado, dentro del espacio de Opinión, en el diario El País de fecha 28 de agosto de 2002.

no hay ningún objetivo puramente militar: cualquiera de los seleccionados cuya destrucción o neutralización aporte una gran ventaja militar pero no tenga detrás el apoyo moral de la ciudadanía es un ataque fallido. La respuesta de los militares occidentales ha sido el apoyo en los juristas y abogados.

La guerra es la más sencilla de las realidades que puedan abstraerse de la obligación del respeto a los derechos del hombre, y para la cual el lenguaje de los derechos humanos proporciona un nuevo poder retórico de una justificación concreta. Tomar el control de la guerra en la época actual significa adquirir el control de esta fuerza retórica, empleada y manoseada por todos, estando seguros de que la defensa de dichos derechos no es un cebo para capturar las conciencias de los ciudadanos en las guerras que finalizan ni aquellos otros que de forma lateral los gobernantes desean que se defiendan.

Las obras de Ignatieff han dedicado mucho tiempo y empeño a la exposición de la vulnerabilidad de los derechos humanos y a la falsa atribución de su defensa por intereses particularistas, como queda patente en la introducción de su obra *Virtual War*:

Justo en el instante en que podemos hacer tanto en el nombre de los derechos humanos, también podemos decidir el hacer ciertamente muy poco. El hecho de hacer muy poco fue el tema de dos libros míos anteriores a este, "Guerra Virtual", cuyos títulos son "Blood and Belonging" y "The Warrior's Honor" sobre el nacionalismo étnico y la guerra étnica... El objetivo de este libro, al igual que el de los dos precedentes de la trilogía, es modesto. Yo no cuento con reglas ni procedimientos adecuados para los gobernantes, y no planteo consejos para los Generales. Escribo para los ciudadanos, aquellos a los cuales se les puede llamar en cualquier momento para ir a una nueva guerra, para que conozcan lo que yo sé sobre este tema y el modo en que se puede actuar frente a determinados retos desde mi punto de vista.

Los derechos humanos, su realidad y la existencia de quienes buscan desenfrenadamente su defensa, serán motivo de crónicas, artículos, programas y libros, pero todo lo que sobre ellos se diga o comente no será más que una página individual del amplio dossier de su existencia.